

Divulgando una carta reveladora

por Ramón Alberdi, S. J.

Por creerlo de interés para los lectores de ECA he traducido la carta de Every Dulles, S. J.

Every Dulles presenta en ella con honesta objetividad los peligros que para los jóvenes católicos tiene el ingresar en Universidades no católicas de los Estados Unidos.

Si Every Dulles, S. J. previene de estos peligros a las familias católicas norteamericanas, piénsese con cuánta mayor razón deberemos prevenir nosotros a las familias católicas latinoamericanas. Nuestros muchachos, además de los peligros comunes a sus compañeros del Norte, encontrarán los propios y particulares de falta de adaptación de ambiente y cultura, de su temperamento latino, del alejamiento de sus patrias y hogares.

La carta de Every Dulles, S.J. resulta pues un toque de alerta, especialmente oportuno en estos momentos, para tantas familias católicas de Latinoamérica. ¿No estamos cometiendo quizá inconscientemente, uno de los más graves errores de nuestra cultura, de consecuencias aún más funestas para nuestra religión, al enviar tan irreflexivamente a las Universidades laicas del Norte a tanta generosa juventud? El problema es más serio de lo que a primera vista parece.

Según estadísticas del año 1950, había en Estados Unidos 5973 estudiantes latinoamericanos. De ellos 5139 en centros no católicos. ¡Solamente 714 estudiaban en centros católicos!

Según un informe publicado en Washington en el año 1948 sobre "los estudiantes latinoamericanos en los Estados Unidos" por el P. Alfredo Moreno S.S.C.C.: "el 65 por cien de los estudiantes latinos no asisten a la Misa los domingos y días festivos y no practican la confesión y la comunión anual".

El P. José Antonio Sobrino, S.J. en su artículo "Filosofía y números sobre los estudiantes extranjeros en los Estados Unidos" (Razón y Fe, Julio-Agosto 1950) dice lo siguiente: "en Harvard University un 65 por cien de

los estudiantes hispanoamericanos se han separado del catolicismo. En la Universidad de Michigan, Ann Arbor, casi todo el profesorado latinoamericano, con excepción del 10 por cien, ha dejado la religión originaria, ingresando muchos de ellos en diversas religiones protestantes. En Temple University, Filadelfia, seis estudiantes hispánicos entre los 33 que había, asistían a los servicios protestantes y después de quince días de campaña solamente se consiguió que uno viniese al Newman Club. En el Bureau de los Standars, de Washington, centro de alta investigación científica, en un grupo de 18 investigadores latinoamericanos solamente uno profesaba la religión católica, cinco eran ateos, los demás habían dejado la religión por anormalidades familiares”.

Los pocos datos que acabo de citar son más que suficientes para demostrar la oportunidad y la verdad de lo que Every Dulles, S. J. nos va a decir en su carta.

Every Dulles, S. J. nació en 1918. Se graduó en Harvard College en 1940. En Noviembre de ese mismo año se convirtió al Catolicismo. En Diciembre de 1941, al tiempo que estudiaba en la facultad de leyes de Harvard, se alistó en la marina norteamericana. Licenciado en Agosto de 1946 ingresó en la Compañía de Jesús a los 28 años de edad. **Seed and Ward** publicó en 1946 su “Testimonial to Grace”. Every Dulles contribuyó también al libro editado por el Rev. John O’Brien con el título “Where I found Christ”. Actualmente es profesor de Filosofía en la Universidad de Fordham.

El texto de la carta abierta de Every Dulles, S. J., dice así:

“Contesto con muchísimo gusto para exponerle mi opinión sobre los posibles peligros que encierra para un estudiante católico de tipo normal el paso de un colegio católico de segunda enseñanza (high school) a un centro universitario laico (college). Sé que usted está bien enterado sobre el particular. Mi carta con todo tendrá el valor de confirmar sus anteriores conocimientos con el testimonio directo de mi experiencia personal.

Considero poco inteligente el forzar a un muchacho a ingresar en una universidad católica. Pues el fruto que el tal muchacho pueda sacar de esa universidad, si es que ingresa en ella resentido y de mala voluntad, será bien escaso. Pero lo que no puedo comprender es que este muchacho, o sus padres, si se paran a considerar los hechos serenamente, puedan preferir la educación de un centro laico al de un centro católico.

Creo que todos debemos convenir en que el punto central en el asunto que tratamos es el de la fe y la moral del estudiante. Nuestro Señor Jesucristo nos exige que busquemos ante todo el Reino de Dios y que valoricemos todas las cosas con la medida de la eterna felicidad.

En un centro católico el estudiante podrá seguir los imperativos de Cristo ayudado por la dirección de sus maestros y por el aliento moral que le prestarán sus compañeros, quienes, de ordinario, vivirán una correcta vida católica dentro de las normas que rigen al universo en sus relaciones con el Creador y Redentor. Todas las disciplinas de la enseñanza estarán imbuidas del espíritu de la Revelación Cristiana. En suma, la educación

en un centro superior católico será uno de los mejores elementos de formación religiosa para el estudiante.

En cambio, en un centro laico el universitario no conseguirá más que una confusa y fragmentaria visión del mundo, por la sencilla razón de que será enseñado por profesores que tienen ellos mismos ideas confusas y que ni siquiera estarán de acuerdo entre sí en los mas fundamentales principios de la verdad y de los valores básicos. No faltarán incluso profesores que acusarán a la Iglesia de enemiga de la ciencia y del progreso. Otros habrá que aun se extrañarán de que un americano culto de nuestros días tome todavía en serio los dogmas cristianos. Fácilmente se comprende que en este ambiente un estudiante católico tendrá que oír en un solo día más objeciones contra la fe que las que podría refutar en toda su vida.

La reacción de un estudiante católico variará, naturalmente, de acuerdo con las características individuales; pero la reacción general, al menos en el ambiente de la Universidad de Harvard que yo he vivido, es bastante uniforme y se le podría describir de la siguiente manera.

Al principio surge el inevitable gesto de protesta al ver que la fe es abiertamente atacada. Cuando en la clase de inglés, por ejemplo, dice el profesor que "Donne fué lo suficientemente supersticioso como para aceptar el mito medieval del paraíso" o en la clase de Francés se oye que "los Jansenistas se empeñaron en devolver a la Iglesia su primitiva pureza" o en la clase de Historia que "la Infalibilidad Pontificia no es más que una compensación que se han dado los Papas para resarcirse de la pérdida de sus Estados temporales", en estas o parecidas circunstancias el estudiante novato levantará su mano y protestará lleno de celo. Pero pronto se dará cuenta de que su lucha con el profesor es desigual y llegará un día en que, por no exponer al ridículo a su religión y a sí mismo, optará por callarse.

Poco más tarde llegará quizá a pensar "que algo de verdad debe de haber en lo que dicen los profesores". Antes de que pase mucho tiempo ya estará su cabeza llena de más argumentos contra su religión que a favor de ella; hasta que, por último, descubrirá con amarga sorpresa que ya no es creyente. Creo que la mayor parte de los católicos nominales con los que estuve relacionado en la Universidad no duraron siendo católicos más allá del día en que recibieron sus diplomas.

Naturalmente que los resultados de esta educación laica no siempre serán tan crudamente desastrosos como los que acabo de describir; ya que el alumno católico, si es externo, podrá recalentar su religiosidad en el ambiente de su familia en donde se refugia todos los días después de las clases; y también, si es interno, con tal de que esté bien preparado de antemano y sean firmes sus convicciones, podrá hacer frente al ambiente, sobre todo si sabe unirse con otros de sus mismas convicciones para luchar activamente contra la mentalidad pagana.

Sin embargo, hay que confesar que son muy pocos los alumnos no graduados que están preparados para sostener una batalla tan difícil y larga.

Y aún estos pocos acaban por resignarse equivocadamente a la tarea puramente negativa de no perder su fe. No avanzan nada, como deberían, en el camino positivo de apreciar y sopesar los valores del Catolicismo.

En muchos casos la Fe del estudiante se va debilitando en un proceso, más sutil y peligroso, de socavamiento de su cultura católica. La belleza, pureza e integridad de las líneas fundamentales del catolicismo difícilmente podrán sostenerse en la mentalidad de un estudiante que consulta a diario autores tales como Freud, Pavlov, John Dewey. A fuerza de leer los mismos libros y de ver las mismas películas y de asistir a las mismas reuniones que sus compañeros no católicos, el universitario fiel acabará también por asimilar los mismos valores del vivir que aquellos poseen.

Es cierto que conviviendo con compañeros no católicos de excelentes cualidades personales adquirirá algunas virtudes sociales dignas de aprecio. Pero no es menos cierto que su desarrollo como católico dejará mucho que desear. La falta de ambiente irá debilitando su vida espiritual. Los días pasan sin que se recuerden los fundamentales deberes de su religión y por este camino de olvido fácilmente la vida comienza a andar alejada del terreno sobrenatural. La oración y los sacramentos se convierten en actos extraños al curso ordinario de la vida. El estudiante que ha llegado a este estado de ánimo termina por sentirse molesto con ciertas reglamentaciones de la Iglesia, por ejemplo con el "Índice" de libros prohibidos. Poco a poco se acostumbrará a criticar ciertas posturas adoptadas por la Iglesia en materias de moral, sociología o política.

Tampoco será raro que se contamine del vicio de beber con exceso y del de la impureza que, francamente, son bastante ordinarios en muchos estudiantes alejados de la Iglesia.

Como resultado, por último, de relaciones adquiridas en este ambiente, sin dificultad puede ocurrir que el estudiante católico acabe por contraer matrimonio con personas de otra religión o que se case sencillamente sin las debidas normas canónicas. La verdad es, que es una pequeña minoría de estudiantes católicos la que logra escapar de todos estos peligros.

No quiero terminar sin tratar francamente otro punto importante. ¿Acaso los centros no católicos ofrecen alguna ventaja aun en el terreno puramente material o en el del prestigio social? Francamente, creo que no; aunque sé que alguna gente se deja engañar fácilmente por esta ilusión.

Los católicos que yo conocí en mi colegio universitario no eran particularmente admirados. Diré más, estaban francamente desprestigiados entre algunos grupos más avanzados; desprestigiados por razón de su religión y a veces porque no eran fieles a su religión. Muchos de ellos caían además en una especie de complejo de inferioridad, en algo así como sentirse avergonzados de las raíces religiosas de su formación, cuando en realidad deberían haberse mostrado orgullosos por el tesoro de valor espiritual que esa formación les había conseguido.

En cambio en la facultad de leyes pude observar que los muchachos provenientes de colegios universitarios católicos estaban mucho mejor preparados para hacer frente a la situación. Generalmente eran respetados por la tranquila seguridad y confianza en sí mismos con que proce-

dían. Claramente se dejaba ver en ellos que poseían una especial madurez religiosa con la que contrarrestaban el efecto del relativismo que se mascaba en el ambiente. Muchos se distinguieron gracias a su equilibrada formación intelectual y a su sólida formación filosófica. Recuerdo que el alumno más brillante de mi clase era un graduado de Seton Hall.

Y hablando del valor de los títulos estoy seguro que quienes habían hecho un curso digno en la facultad de leyes estaban perfectamente capacitados como cualquiera otro para ingresar con éxito en el trabajo profesional, no entrando para nada en la cuenta sus precedentes estudios en colegio católico o no católico. Los directores de los puestos de trabajo están más interesados en el carácter e inteligencia reales de un candidato que en los contactos sociales que hayan podido tener fuera de la facultad de leyes. Y esto lo puedo afirmar por el conocimiento que tengo de los requisitos de admisión en Wall Street.

Lo que hasta ahora llevo dicho de la facultad de leyes creo que puede extenderse a otros campos de la universidad; ya que en las facultades universitarias hay también peligros como en los colegios universitarios seculares. Pero es éste un punto que requiere propio tratado y está fuera del propósito de la presente carta.

Con lo dicho creo que cumplo su petición. Con gusto enviaré más información si usted la solicita.

Suyo en Cristo,
Every R. Dulles, S. J."

Habla quien ha podido observar todo ese doloroso proceso con la objetividad que le daba su punto de vista exterior a la órbita de la Iglesia.

Pueda, su testimonio, orientar a muchas familias Centroamericanas.

